**ESA PLAZA**

 Nada es lo que parece. Ni aquel amanecer iba a recordarlo siempre, ni aquella mujer era la que, al fin, completaría mi proyecto de vida. Pero, bueno, en su día me lo pareció. Y con eso, entonces, bastó.

 No puedo concretar si la plaza que contemplo en este instante era exactamente igual en agosto de 1976, o era ilusión, o tan solo una pieza más de un decorado adolescente. He de reconocer que, a estas alturas, no me siento capaz de asegurarlo. Pero está ahí, donde estaba. Sabiamente enhiesta, contemplativa y monolítica: la Plaza Mayor.

 No sé si los soportales que la envuelven eran tan acogedores hace cuarenta años; o si, durante ese tiempo, alguien ha hermoseado sus fachadas, ha aseado su vejez; o ha disimulado, con ostensible ineptitud, cuatro siglos de magia.

 Pero sigue ahí, como cuando nos deslumbró en el viaje de fin de curso.

………………………………..

Para alguien *de provincias* viajar a Madrid era un puñetazo a la rutina, un vals en aquella vida de pasodobles, un lujo solo al alcance del esfuerzo paterno. Madrid, con sus museos, su gente de tantos lados, su imán para el asfalto, sus rascacielos y sus chabolas… Era el destino al que el estudiante llegaba con la boca abierta y el bolsillo cerrado, *el capullo del meollo del bollo* que Paco Umbral nos acercó con el teleobjetivo esquemático, bello y magistral de su prosa.

 Compartía con María del Mar colegio, edad y vocación: íbamos a ser los arquitectos del milenio, todos los colegas nos envidiarían, nuestros proyectos coparían las portadas de las revistas técnicas. Y, sobra comentarlo, más temprano que tarde nos trasladaríamos a Madrid, que era donde los grandes (Cano Lasso, Fisac, de la Hoz…) tenían sus estudios y talleres. Y entre esos sueños flotábamos cuando nos despertó el destino del viaje de fin de curso.

 El viaje en avión, un hotel céntrico… todo era novedad sin pausa. Una semana para engrosar el catálogo de provincianos en la capital del Reino, siete días para resolver el enigma de vivir fuera de casa -tan solos-, un montón de horas para desmenuzarlas al lado de María del Mar. O sea, el paraíso existía; Adán y Eva ya estaban en Madrid. Y Adán estaba deseando contarle a María del Mar tantas cosas, confesarle al fin lo que sentía por ella…

 Ella puso la cámara, yo los carretes. Y Madrid, las fotografías: la Gran Vía, el Prado, la Puerta del Sol, el Parque del Retiro. Hasta que recalamos en lo que Unamuno bautizó como *archivo de majeza*: la Plaza Mayor.

 El guía nos relató su historia, los usos que había tenido, cien datos arquitectónicos… nada que no hubiéramos leído ya. Lo nuevo, lo importante, eran sus ojos: María del Mar no miraba esa plaza; la admiraba. Y yo, mientras, deslumbrado por las dos. Tardamos en reaccionar, la tarde se apagaba y continuábamos recorriéndola, contando sus arcos, imaginando quién viviría tras esas ventanas, y qué pensarían de ese par de paletillos que no hacían más que alzar la vista y abrir la boca.

 Paseamos, llegamos a *Casa Rúa* a probar *el-bocadillo-de-calamares*, y desde allí rodeamos la plaza, entrábamos y salíamos continuamente, sus diez accesos se nos hicieron pocos. La noche ya había acallado horas antes las luces, los ruidos y las gentes. Pero no hubo cansancio, ni más hambre, y el sueño que teníamos era que aquello no acabase nunca. La plaza, la noche y nosotros éramos el trío perfecto; lo maravilloso no termina, y el edén estaba a nuestro alrededor, nada podía estropear ese presente, tan pleno de futuro.

 Media docena de barrenderos daban el relevo a los últimos noctámbulos, los galloferos se adormilaban en los bancos y nosotros deseábamos celebrar un amanecer juntos.

 De la mano nos acercamos hasta el centro del rectángulo, donde la estatua de Felipe III presidía el escenario, la escena y un alba silente. María del Mar giraba sobre sí misma despacio, intentando memorizar la paleta de colores de ese amanecer, los detalles de la arquitectura herreriana. Terminó el giro frente a mí, señalando con sus ojos los míos. Se cerraron. Nos besamos.

María del Mar se acomodó sobre el pedestal, y convirtió la estatua ecuestre en diván, en regazo alevoso y apenas secreto. Supongo, prefiero pensar, que fue sincera bajo ella, y que sus seis toneladas de bronce y granito aún se nutren de aquellas palabras:

 - Mira, Rafa. ¿Te gusta?

 Aquella muchacha de mis sueños, de mis desvelos (de todo lo que me hacía más vulnerable), era por fin un presente redentor: su sonrisa firmaba el éxito de su estrategia, condensándolo en una pregunta:

- ¿Te gusta?

 María del Mar, recostada en ese pedestal, dominaba la plaza entera; era su *opera prima*, era una pregunta de la que ya sabía la respuesta, era el centro de los focos; o era ella el foco que enaltecía ese amanecer del verano.

 Me imagino que lo ensayó, una y mil veces. Era técnicamente imposible que esa manera de desprenderse de la blusa la dominara por ciencia infusa. Los botones: no los desabrochó, lo juro, y sin embargo aparecían libres de sus ojales, uno a uno, sin dejar ni uno, en un roce frágil e interminable de sus dedos entre el algodón.

 La sombra de Felipe III resguardó su pecho. Y mis manos, guiadas por las suyas, lo abrigaron. La piel de María del Mar era de mentira, insoportablemente magnética, y su tacto un descubrimiento terso, compacto e indescriptible.

 (Creo que ese instante experimenté el sentido del verbo *levitar*).

Nuestro amanecer se despedía, pero mis ojos, mis dedos y sus torpes temblores deseaban eternizarlo, revertir el tiempo, y trocar en perpetuo el minuto efímero en el que pude trasplantar dos flores a la sed de mis labios.

 - ¿Te gusta?

 Y cómo no iba a gustarme.

 Cuando regresábamos al hotel, la luz había dado cerrojazo a la noche, y los límites de dos manos entrelazadas dibujaron un deseo perenne.

 Miré atrás. Felipe III, testigo mudo de un millón de pecados, vigilaba la retaguardia. Quise entrever, en su ceño hierático, una mueca de complicidad, la reacción callada a una tormenta seca de cinco minutos.

………………………………..

Ya hoy, cuarenta años más tarde, lo contemplo de nuevo: orgulloso de su silencio, majestuoso en su gesto. Le recuerdo esta historia, entro en detalles y creo que se ruboriza.

 Sí, he vuelto a la Plaza Mayor; con distinto semblante, con más canas, con otra mujer a mi lado. Y cuando ni ella, ni las estrellas, ni nada pueda perturbarnos, le preguntaré a esa estatua algo que, aún hoy, no me ha quedado claro:

 - ¿Te gustó?

**Mauricio Torres Teruel**